

LECTURAS

Stevenson congela Edimburgo

La capital escocesa vista por el autor de *La isla del tesoro*



SAÚL FERNÁNDEZ

Edimburgo es una ciudad muy «cool». Se amontonó durante siglos en la ladera de un volcán extinto que guarda las joyas de la corona de Escocia, un tesoro del que el rey Eduardo I «Longshanks» se apropió cuando sometió el país de «Braveheart» en pleno siglo XIV. La capital de Escocia crece tierra adentro, pero clava su mirada legendaria en el fiordo de Forth, en pleno mar del Norte. Siempre ha sido una ciudad pedregosa. Porque las piedras han escondido sus misterios y porque la dureza mineral ha mantenido congelado el tiempo del amor propio de los siglos pasados y el valor minusvalorado de un porvenir a la vuelta de la esquina. El Gobierno británico preguntará a no mucho tardar a los escoceses si quieren seguir siendo británicos o prefieren volver a ser nacionales de Escocia, el país que dejó de ser país cuando el rey Jacobo VI se convirtió en Jacobo I y en Escocia dejaron de contar más reyes.

Y digo que sigue siendo una ciudad muy «cool» porque ya en su pasado de gloria y desparpajo era muy «cool». En Edimburgo, por ejemplo, nació Adam Smith, que se inventó el capitalismo. Y eso tiene su mérito. También es de Edimburgo el filósofo David Hume, el de las ideas y las impresiones. Y Walter Scott, Arthur Conan Doyle y también Robert Louis Stevenson... Este último publicó en 1879 este *Edimburgo. Notas pintorescas* que ahora recupera la editorial Abada. Una guía literaria para descubrir los recovecos de una ciudad que contempla la vida con mirada de leyenda. Edimburgo es la ciudad de los muertos, de los fantasmas, de los asesinos... Stevenson recorre la ciudad en que nació antes de desaparecer en los mares del Sur, donde terminó sus días contando los cuentos grabados en la lápida de

Samoa que recuerda su memoria. Aquí yace Tusitala. Estas notas pintorescas parecen apuntes del natural: bosquejos para el futuro. Stevenson se perdió por media Europa, por los Estados Unidos, en el otro lado del mundo... Afán romántico de congelar el tiempo, retratos urbanos en doble salto mortal.

Estas notas pintorescas que escribió el autor de *La isla del tesoro* son imprecderas: el cogollo histórico de la capital de Escocia es eterno, apenas ha sufrido cambios desde que en pleno siglo de las Luces las autoridades municipales decidieron asaltar la llanura más allá de la Milla Real, la calle que cosía el castillo sobre el volcán extinto y el parque del palacio de Holyroodhouse, donde Lord Darnsley cosió a puñaladas a Davide Rizzio, el secretario de María, su esposa, la reina de los escoceses, el primer espía de la Santa Sede en tierra de paganos protestantes.

John Ruskin detuvo en el tiempo la ciudad de la laguna Véneta y publicó *Las piedras de Venecia*. Fernando Pessoa hizo lo propio con Lisboa. Lo que el turista debe ver y, algunos años

después, Ignacio Aldecoa hizo algo parecido con *El País Vasco*, el libro sobre la tierra en que nació. La literatura tiene afán de perpetuidad y las ciudades no son ajenas a este deseo. Stevenson escribe sobre el casco histórico (el traductor de estas notas llama a la Royal Mile calle Mayor, no indica la razón). Escribe también sobre las leyendas sangrientas (cuenta la historia de Deacon Brody, persona de orden por la mañana, ladrón al anochecer), sobre la calle de los Príncipes, sobre la colina Calton... Pero el creador de *El misterioso caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* no limita su trabajo a la descripción notarial de su ciudad, donde estudió James Barrie, el inventor de Peter Pan. Se ríe de sus vecinos: «Mitad capital y mitad ciudad de provincias, toda la población lleva una doble existencia; tiene largos trances de la una y destellos de la otra...» (p.16) Y, pese a ello, es consciente de que su ciudad es una ciudad redonda, «pues todo lugar es centro de la tierra, desde donde irradian las carreteras y los barcos zarpan hacia puertos extranjeros» (p. 149).



Edimburgo. Notas pintorescas

ROBERT LOUIS STEVENSON.
Madrid, Abada, 2012

El atlas de las nubes

DAVID MITCHELL
Duomo 2012

Máquina de

David Mitchell deja patente su don de contar en *El atlas de las nubes*



RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Hace unos meses (LA NUEVA ESPAÑA, 14-06-2012) celebrábamos desde estas páginas el talento de David Mitchell al lograr en *Mil otoños* «el encanto de satisfacer con nota altísima las exigencias del lector culto sin perder de vista el motivo último que inspiró el arte de la novela desde sus inicios: contar para contarse, glosar el mundo mediante el expediente de nombrarlo, y en el acto de bordar el tapiz de las infinitas historias que lo pueblan, vincular en una única ecuación a la vida con su relato». Si me cito a mí mismo es porque leyendo ahora *El atlas de las nubes*, que Mitchell publicó originalmente en 2004, seis años antes que «Mil otoños», ya en esa novela que hoy nos ocupa, y que yo desconocía cuando escribí mi anterior reseña, los motivos «scherezadeanos» estaban presentes, sí cabe de modo aún más acusado.

Imaginemos una partitura que desarrolla seis temas para otros tantos instrumentos. Imaginemos ahora que, en un momento capital dentro de cada tema, éste es abandonado y desplazado por el siguiente, que de un modo u otro lo contiene. Imaginemos que eso sucede, a su vez, con el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto temas, de forma que el sexto tema interrumpe al quinto en el momento de mayor tensión musical y desarrolla, en su evolución, tanto a ese tema como a los precedentes. Imaginemos por último que, una vez concluido ese sexto tema, la rueda gira a la inversa para que los temas quinto, cuarto, tercero, segundo y primero se expongan de forma completa. ¿Extraño? Sí. ¿Oscuro? También. ¿Sugestivo? Sin duda.

Imaginemos entonces que trasladamos este modelo a la literatura, proponiendo seis historias que dialogan entre sí tal y como se ha venido abordando en el terreno musical, con fracturas, recapitulaciones y codas, una especie de sexteto literario que, en vez de

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Buceando en los arcanos del terror gótico

Resulta demoniacamente lógico que fuese la exaltación dieciochesca de la razón la que despertase la pasión por el horror. Desterrado lo irracional de la interpretación de la realidad (qué inocencia!), lo sobrenatural, lo oscuro, lo macabro—en suma, lo inexplicable-que-damiedo—encontró acogedora morada en la ficción. ¡Y con qué éxito! Según explica David Roas en el prólogo a esta antología, sólo entre 1790 y 1820 se publicaron más de dos mil novelas góticas en Europa y Estados Unidos.

Ahondar en los orígenes de este género literario—al que se asigna como fecha de nacimiento la publicación en 1764 de *El castillo de Otranto*, de Horace Walpole—es la voluntad de esta espléndida antología en la que, gracias a los desvelos de Marian Womack, los amantes del gótico se encontrarán con nombres clásicos (Byron, Mary Shelley) pero también con auténticas rarezas como Barbauld, Ainsworth, Drake o Cumberland. En casi todos los casos, además, las obras escogidas se traducen por primera vez al castellano. Imprescindible.

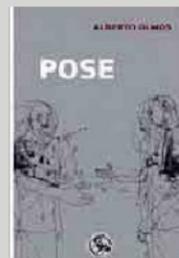


Paseando con fantasmas

ANTOLOGÍA DEL CUENTO GÓTICO
Selección y traducción de Marian Womack
Páginas de Espuma
240 páginas. 17 euros

Díptico ácido sobre los egos de los escritores

El segoviano Alberto Olmos (1975) es autor de siete novelas y no necesitaría presentación. Pero como la memoria es caediza, airearemos dos datos: 1) con su primera novela, *A bordo del naufragio* (1998), fue finalista del «Herralde»; 2) doce años después, la revista *Granta* lo incluyó en una selección de los 22 mejores escritores jóvenes en castellano. Entre aquellos inicios y estos días, la calidad de su escritura no ha hecho sino reforzarse—la crítica llamó de modo especial la atención sobre *El talento de los demás* (Lengua de Trapo, 2007)—, a la vez que se afilaba su visión crítica de la bambolla y oropel que entretiene el mundillo literario. De eso precisamente trata *Pose*, un díptico situado en Japón en 2005 y en México en 2010. Las espléndidas páginas japonesas, crónica fragmentaria de una estancia nipona de tres años, sirven para medir el descreimiento que alcanza Olmos en las muy ácidas mexicanas, generadas por una estancia en la feria de Guadalajara. Autorradiografía en modo mayor.



Pose

ALBERTO OLMOs
La Uña Rota
134 páginas
14,90 euros

sueños



piano, chelo, violín, viola, flauta y clarinete, es «interpretado» por un notario de San Francisco que viaja a Polinesia en 1790, un genio de la música que vagabundea por Bélgica en 1930, una periodista que en la California de 1960 intenta desentrañar un feo asunto empresarial, un editor de nuestros días que vive una rocambolesca historia en una residencia de ancianos escocesa, una especie de androide que desde un futuro inminente protagoniza la enésima utopía a lo Blade runner, y last but not least, un «cabrero del siglo veintitantos!» que, tras la destrucción del mundo en una se-

gunda Caída, narra la parusía de un dios de bondad y la esperanza en un nuevo comienzo.

Quizá David Mitchell no sea David Foster Wallace, pero tampoco le hace falta. Hay muchos modelos de metaficción, y resulta obvio que leyendo esta máquina de sueños que es «El atlas de las nubes» se comprende que su autor no sólo es un escritor que ama las historias, sino alguien que posee el don para contarlas y el talento para hacer del pastiche un asunto en ocasiones memorable. Algo que, desde luego, es lo menos sencillo que existe.

El columnista risueño

Una antología del modo de mirar de **Julio Camba**



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Es cierto, como acaba de escribir Javier Marías, que los poderosos no sólo nos quieren arruinados y tristes: también avinagrados. Pues bien, la lectura del viejo periodista gallego **Julio Camba** (1882-1962), del que tantos consideran el padre de todos los columnistas de prensa, del tan olvidado un tiempo por su defensa del franquismo, es un antídoto contra la mala leche que va comiéndonos el espíritu: no un adormecedor opiáceo, sino una forma de mirar que busca la esquinca, el detalle, el matiz, el enfoque preciso en una breve columna periodística para que la realidad no nos dé sólo arcadas, para que nos deje una media sonrisa al menos colgada de los labios.

No son lo mismo las páginas mejores que las mejores páginas: en este libro Camba recopila sus páginas mejores, y sobre ello discurre en el prólogo: «Las otras son también bastante buenas, no se vayan ustedes a creer». Primera sonrisa. Sonreirá también el lector con las opiniones sobre ingleses, franceses, alemanes, yanquis... Con los artículos sobre gastronomía, con los «pequeños ensayos» (así bautizados: son, en realidad, chispazos de oportunidad), con esta antología de un modo de mirar de quien le había tomado el pulso y la medida a ese quehacer frecuente que, en el fondo, tan poco le gustaba; preguntado sobre cuál era su aspiración en la vida solía responder: «No tener que escribir». Pulso y medida; así le escribía, humor finísimo, a su director: «Perdóneme que esta crónica haya salido algo más extensa, pero la premura de tiempo para mandársela no me ha permitido escribir algo más corto».

Fijense cómo mira (humor y buena vista) a los ingleses, tomando un detalle para cuadrar el conjunto: «Los ingleses desprecian al hombre que no bebe, porque la sobriedad les parece un estado inmoral. El hombre sobrio, en efecto, es un hombre propicio a todas las tentaciones. Las mujeres

le atraen. La política le interesa. El hombre sobrio piensa y siente normalmente, y esto es contrario a la moral británica. El alcohol, en cambio, desarrolla un sinfín de virtudes: la castidad, la docilidad, la imbecilidad... Con el alcohol se anula el sexo y se anula la inteligencia, las dos cosas por donde más se puede pecar». Observa Camba, pues, una parte (la afición británica al trago) para construir una teoría del todo (el inglés es mojigato y plano). Cuando le toca criticar a esos «pensadores» llenos de sentencias que, en el fondo y en la forma, no dicen nada, usa el mismo método: toma una parte (las frases del «pensar»: «Las mujeres toas son unas»; «Los hombres tién que ser hombres») para dejarnos el gusto de que tales tipos son bastante idiotas, usurpadores con la personalidad impostada. Otras veces, siempre con un

toque relajado: nada de vinagre, prefiere el párrafo largo y anafórico (mucho punto y seguido siempre encabezado por la misma palabra: conoce de sobra cómo lee quien lee un periódico). Vean este ejemplo sobre la presunta rebeldía que esconde lo que antes se llamaba «bohemia»: «No hay en el mundo mentalidad más rutinaria que la mentalidad bohemia. Una cosa es no tener convencionalismos y otra tener el convencionalismo de no tenerlos. Una cosa es la despreocupación y otra la preocupación de ser muy despreocupados. Una cosa es, en fin, es carecer de hábitos regulares y otra el considerar la irregularidad como un hábito».

Ni que decir tiene que todos los artículos aquí seleccionados son, digamos, «blancos»: eximen de polémicas, se aceptan, se dejan reír y basta. Ese era el propósito de Camba cuando abrazaba el costumbrismo, las modas y modos del vivir: muy limpia escritura (nada de barroquismos: al grano) y una búsqueda de la complicidad lectora mediante el humor suave. Ese fue Camba, el maestro de tantos. Los otros artículos, los «políticos», él mismo acaso los pondría entre sus páginas «buenas»; otros, directamente al piadoso olvido.



Mis páginas mejores
JULIO CAMBA
ED. PEPITAS DE CALABAZA
294 páginas

¿Cuánta maldad puede almacenar en la retina?

Hace apenas dos años **Donald Ray Pollock** (Ohio, 1954) irrumpió en el panorama español con **Knockemstiff**, un libro de relatos sobre el agujero donde le había tocado vivir muchos años. Autor «tardío», Pollock demostraba en aquel volumen su capacidad para desollar y pasar por la licuadora un microuniverso aislado donde la única moneda aceptada era la violencia.

Llega ahora el esperado salto de Pollock a la novela. **El diablo a todas horas** es, sin duda, una obra de fuste sobre el mal, aunque haya despertado suspicacias críticas. Abierta por un veterano de la II Guerra Mundial que erige en el bosque un altar sangriento para propiciar la redención de su mujer, consumida por un cáncer, la obra se prolonga dos décadas en manos de su hijo, que no tiene nada que envidiarle en punto a vesanía. Este núcleo duro se adereza con una corte de impagables y disparatados personajes. La suspicacia crítica tiene que ver con la dosis de salvajismo que una pupila puede asimilar.



El diablo a todas horas
DONALD RAY POLLOCK
Traducción de Javier Calvo
Libros del Silencio
376 páginas
22 euros

(Casi) todos los relatos de un gran narrador

Muy conocido en su país, pero apenas explorado aún por el lector español, el venezolano **José Balza** (1939) es un fértil cuentista, narrador y ensayista cuya pluma se impulsa, entre otras razones, por la percepción de que las fronteras de lo humano no son definidas sino que se levantan sobre una movidiza zona de penumbra, escalofriante o maravillosa, que está reservado desvelar a la literatura. Furibundo detractor de la etiqueta de realismo mágico —siente que Latinoamérica es el continente del horror—, Balza, que vivió en un entorno selvático hasta los 16 años, no reniega sin embargo de las frondas, que considera una prolongación de su psique y que conviven en su obra con referencias metaficcionales, juegos de espacio y tiempo, personalidades desdobladas...

Los lectores españoles tienen ahora la oportunidad de explorar este mundo a través de una (casi) integral de los relatos de Balza —a quien le gusta llamarlos ejercicios narrativos—, en una cuidada edición del escritor **Toni Montesinos** con prólogo de **Ernesto Pérez Zúñiga**.



Cuentos. Ejercicios narrativos
JOSÉ BALZA
Edición de Toni Montesinos
Prólogo de Ernesto Pérez Zúñiga
Paréntesis
512 páginas. 17 euros